

Históricas Digital

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario entró en el primer convento de la provincia de Yucatán, y comenzada la visita della, llegó al de la villa de Valladolid”

p. 321-325

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

[CAPÍTULO CXLIII]

*De cómo el padre comisario entró en el primer convento de
la provincia de Yucatán, y comenzada la visita della,
llegó al de la villa de Valladolid*

Lunes once de julio de ochenta y ocho salió el padre comisario general de aquel rancho, muy de madrugada, con una luna muy clara, y pasadas allí junto unas ciénagas y pantanos por una calzada hecha a manos, y pasados dos *zonotes* muy grandes, que son, como queda dicho, unos estanques o balsas de agua muy delicada hechas en la viva peña, y andadas cinco leguas de camino muy pedregoso, aunque llano, llegó a las ocho de la mañana a un poblecito pequeño llamado Loxché, de indios mayas, de la guardianía de Titzimín, que es el convento adonde iba. Hiciéronle allí muy buen recibimiento y mucha caridad y regalo, y detúvose en aquel pueblo todo aquel día en el cual acudieron a verle los indios de otros comarcanos, y los unos y los otros le ofrecieron gallinas de la tierra, aguacates, plátanos y zapotes colorados.

Martes doce de julio salió el padre comisario muy de mañana de aquel pueblo, y pasado otro *zonote* y andadas cuatro leguas de camino menos pedregoso que el pasado, llegó entre ocho y nueve a decir misa a otro buen pueblo de los mismos indios y guardianía llamado Kikil, donde se le hizo muy solemne recibimiento, y acudieron los vecinos con sus presentes de gallinas y piñas y otras frutas de la tierra. Diéronle de comer, y después de haber descansado un gran rato, salió de allí ya tarde, y andada una legua llegó al pueblo de Titzimín, y antes de entrar en el convento, a la cruz del mismo pueblo, sobrevino un aguacero tan recio y con tanta furia, acompañado de truenos y relámpagos que se alcanzaban unos a otros, que no le dejó llegar al convento, sino que, forzado de la impetuosa agua, se metió en el mesón que está un gran tiro de piedra de la puerta del patio del convento, y allí, hecho una sopa de agua, aguardó a que pasase aquella furia, y luego se fue al convento, donde fue muy bien recibido con mucha fiesta y solemnidad; detúvose allí hasta los veinte del mismo mes, y acudieron en este ínterin los indios de aquel pueblo y de otros de la guardianía a regalarle con aves y frutas, con mucho amor y devoción. También en este ínterin se despacharon el fraile dominico y el mercenario, y fueron su viaje, y lo mismo hicieron el guardián de Metepec y el predicador de la Puebla y el lego de La Habana, que los envió el padre comisario a conventos de la provincia donde se entretuviesen, quedándose

con sólo su secretario y con otro fraile de la mesma provincia, que el provincial le envió para guía y que le acompañase y sirviese.

Es el pueblo de Titzimín de mediana vecindad de indios mayas, muy devotos de nuestro estado, y destos mesmos son los demás de la guardianía; las casas son todas de madera, cubiertas de paja, y así son las demás de toda la provincia de los indios donde hay frailes nuestros, excepto cual y cual, que es de piedra, con sus azoteas: Es aquella guardianía muy fértil y abundante de algodón y chile, más que ninguna otra de la provincia, danse en ella muchas piñas, y hay en su comarca seis o siete estancias de vacas. Llámanse los indios de aquella guardianía y los de Valladolid los cupules, gente muy valiente, y que al tiempo de la conquista se defendieron muchos días contra los españoles, y aun después de conquistados se les rebelaron. Sucedió, andando la guerra por allí, un caso extraño que por ser tal pareció bien ponerle en este lugar, y fue que entre los indios había uno más atrevido y mejor flechero que los demás, el cual hacía mucho daño en el campo de los españoles, en especial a los indios amigos y que los ayudaban, y viéndole un día el capitán estar puesto detrás de una peña flechando y haciendo mal, envió a un español balletero para que lo matase, o a lo menos le echase de allí. El soldado fue, con su ballesta armada y en descubierto, al indio, apuntóle y disparó la jara; el indio, que no dormía, viendo al español que le iba a buscar, estuvo aguardando a que parase para poderle apuntar, y al punto que el español apretó la llave de la ballesta a ese mesmo punto disparó el indio su flecha con tanta furia, que a no dar en la cabeza de la ballesta, diera en la del español y le despachara; pero como dio en el madero, y debiera de tocar en la costilla, resurtió tanto cuanto, y sacada una raja de la ballesta, enclavó al español el un brazo, pasándosele por dos partes, de que quedó manco para toda su vida. Pero la jara que despidió la ballesta, como no halló cosa en que embarazarse, y iba bien apuntada, fuese derecha a la frente del pobre indio y derribóle muerto en tierra; tiros entrambos maravillosos de buenos.

El convento de Titzimín estaba todo acabado, con su claustro alto y bajo, celdas y dormitorios, hecho todo de cal y canto, y de edificio fuerte; en el un paño del claustro alto hay una sala grande y muy buena, en que tienen el santísimo sacramento, la cual también sirve de coro en que los frailes rezan el oficio divino; y este mesmo orden hay en todos los conventos de aquella provincia donde no hay iglesia, que tienen un aposento dedicado para este ministerio, pero donde la hay, allí tienen el santísimo sacramento y en el coro alto se juntan los frailes a rezar el divino oficio. En el compás o patio del convento de Titzimín (el cual es cuadra-

do y tiene el suelo encalado con cuatro capillas en las esquinas, en cada esquina la suya, y con muchos naranjos y otros árboles puestos por orden), está hecha una ramada de madera, cubierta de guano (que son hojas de ciertas palmas), muy grande, ancha y larga, capaz de mucha gente, con tal curiosidad que en toda ella no hay clavo ni sogá, y con todo eso es fortísima; no tiene paredes, para que así esté desahogada y entre el aire por todas partes, sino unos horcones, postes o columnas de madera recísimas sobre que está fundada, atada toda con bejucos, los cuales (como queda dicho) son como mimbres, muy correosos. En aquella ramada se junta el pueblo a oír sermón y misa, la cual se le dice en una capilla grande que está al principio de la misma ramada; oficianla los indios desde el coro, que está al un lado desta capilla, en el cual suele también estar la pila del bautismo, y al otro lado está la sacristía. Desta manera está en todos los pueblos de la provincia, así donde hay convento como donde no le hay, porque así es menester por el excesivo calor que allí hace, aunque en algunos pocos pueblos tienen el baptisterio en la misma capilla, y en otros le tienen en pieza y aposento particular.

Tiene el convento de Titzimín una muy buena huerta, y en ella hay muchos plátanos, zapotes colorados, aguacates, guayabos, ciruelos de la tierra, limas, limones, naranjos y cidros, higueras y algunas parras y mucha y muy buena hortaliza. Todo se riega con agua que se saca con una noria de un pozo que está en la misma huerta, del cual también beben los frailes; en el pueblo hay otra noria y junto a ella una gran pila o estanque, que procuran tener siempre lleno, y dél llevan las indias agua para sus casas; moraban en aquel convento cuatro religiosos, y comenzando el padre comisario la visita desde allí (que no quiso perder tiempo), los visitó y se detuvo con ellos hasta veinte de julio, como queda dicho; llámase aquel convento los Tres Reyes.

Miércoles veinte de julio salió el padre comisario de día claro de Titzimín, llevando en su compañía a su secretario y al fraile que el provincial había enviado y al mismo provincial que la noche antes había llegado allí, y andadas dos leguas largas de buen camino, llegó a un buen pueblo de aquella guardanía, llamado Calotmul, donde se le hizo muy solemne recibimiento, con muchas ramadas, música y gente; dijo luego misa, oyóla el pueblo y acudieron los indios después con sus ofrendas de piñas y otras frutas.

Media legua antes de llegar a este pueblo está en el mismo camino una estancia de un español, llamada Techay, en la cual se crían muchas moreras y se beneficia seda muy buena, aunque poca, y se hace algún añir. Hay en aquella estancia un poco de agua muy delgada y tan fría, cuando

dél se saca, que espanta y admira, porque en ningún otro pozo de todos los demás de aquella provincia es así y dicen los indios que la causa de salir de aquél fría, es ser aquel agua destilada por veneras.

Jueves veintiuno de julio salió el padre comisario de Calotmul poquito después de media noche, y andadas cinco leguas largas de razonable camino, llegó antes que fuese muy de día a otro pueblo de la guardianía de Valladolid llamado Timozón, donde fue muy bien recibido. A la meitad de aquellas cinco leguas está un pozo y aguada donde los indios descansan; detúvose el padre comisario en Timozón como media hora, y luego, aún antes que el sol saliese, partió de allí y andadas dos leguas y media, llegó a decir misa al pueblo y convento de Valladolid, que por otro nombre se llama Zaquí o Zizal, donde fue muy bien recibido; hubo muchas ramadas, mucha gente, música de trompetas y flautas, mucho repiquete de campanas, señales y muestras de alegría por su llegada. Acudieron los indios con sus presentes de gallinas, pollos, iguanas, icoteas, huevos, zapotes, plátanos y otras frutas. No sólo los de aquel pueblo pero también de casi toda la guardianía, todos son indios mayas y gente devota.

El pueblo de Zaquí o Zizal es de mediana vecindad; moran en él, en un barrio de por sí, unos pocos de indios mexicanos, de los que fueron con los españoles cuando la conquista.

El convento, cuya vocación es de San Bernardino, está todo acabado, con su iglesia, claustro, dormitorio y celdas, labrado de cal y canto y de bóveda; tiene junto a la iglesia un bonito patio o compás, y en él una ramada y capilla para los indios. Hay en aquel convento una bonita huerta, en que se dan plátanos, aguacates, guayabas y todo género de naranjas, pitahayas, piñas, uvas y mucha y muy buena hortaliza; riégase todo con agua que viene del anoria del pueblo, que está casi pegado a la pared del convento; el que está fundado sobre un *zonote* muy grande, que está debajo de tierra, debajo de la misma peña viva y tiene tres o cuatro bocas como bocas de pozos, una de las cuales sale a la cocina del convento, y sobre otra está armada la anoria del pueblo junto a la cual hay dos pilas grandes, en que echan agua para el sustento de todos; es muy hondable aquel *zonote*, y muy ancho y espacioso y de agua muy delicada; críanse en él muchos bagres pequeños, aunque muy sabrosos; no lejos dél hay otro muy grande, casi todo descubierto porque tiene la boca anchísima, y dicen que se comunica con el del convento, y que el agua del uno y del otro, y aun de todos los demás, es de paso.

Un tiro de arcabuz deste convento está fundada la villa de Valladolid, pueblo de españoles, de ochenta vecinos, de los que unos tienen pueblos de indios en encomienda, otros son mercaderes y tratantes, y otros oficia-

les, pero todos son pobres; casi todas las casas de aquel pueblo son de cal y canto, y cubiertas de tejas, aunque algunas hay de azutea, y otras cubiertas de paja. Residen en aquella villa dos curas y tienen una bonita iglesia, asimesmo de cal y canto y cubierta de teja. Desde el convento al pueblo va una calzada, cerrada de una parte y de otra de ceibas, que son unos árboles altos y coposos, que tiran un poco a los chopos de España. Sin los españoles moran en aquella villa muchos indios de los naturales, criados y conocidos suyos y otros de los mexicanos; en aquel convento moraban cuatro religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose allí hasta el día de Santiago, en que predicó a los españoles, de los cuales acudieron muchos a oírle.

Estando en aquel convento recibió el padre comisario cartas de México, y entre ellas una de fray Domingo de Aréyza, a quien había enviado desde La Habana la comisión atrás referida, en la cual le escribió lo que hizo el virrey y lo que respondió fray Pedro de San Sebastián, que es lo mesmo que atrás queda dicho.

[CAPÍTULO CXLIV]

De cómo el padre comisario prosiguió su visita y llegó a Ichmul

Martes veintiséis de julio, habiendo el padre comisario general despedido al provincial, que había ido a recibirle en nombre de la provincia, con facultad y poder de los difinidores para tratar y concluir cualquier cosa, porque ellos eran viejos y estaban enfermos y lejos de allí, y habiendo despachado la patente de la visita, señalando en ella el capítulo provincial para los diez y seis de octubre, salió de Zaquí, o Valladolid, a las tres de la madrugada, y andada una legua de camino muy pedregoso, llegó, antes que fuese de día, a un pueblo pequeño de aquella guardianía llamado Pixoy; teníanle los indios hechas algunas ramadas, y recibieronle con una danza y con mucha alegría y contento. Dioles las gracias y pasó adelante, y andada otra legua de algo mejor camino, llegó, poco antes que el sol saliese, a otro bonito pueblo llamado Huaima, de la guardianía de Tenum. Estaba toda la gente junta y puesta en procesión a la puerta del patio de la iglesia, donde le recibieron con muchas ramadas y un baile a su modo, y mucha fiesta y regocijo. Agradecióselo y pasó adelante, y andadas otras dos leguas de buen camino, llegó temprano a decir misa al